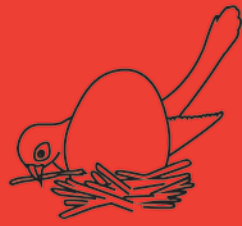
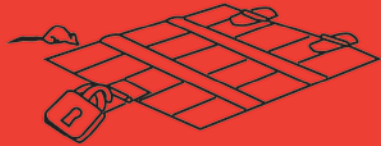


# Rio de Janeiro

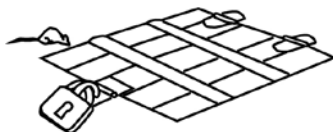
Pablo Giordano | Marcelo Mosqueira







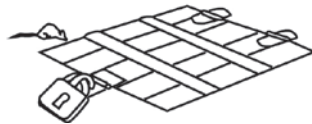




en  
se.  
rio

rio  
de  
leite

Pablo Giordano | Marcelo Mosqueira



Ediciones de la Terraza





*A Seba y María Gracia.*

Pablo Giordano

*A mi hija Maite.*

Marcelo Mosqueira



**Globos cósmicos**



**Por la ventana del laboratorio**, Silvano ve jugar a unos chicos entre los árboles de la vereda. El ojo y la lágrima se reflejan en el vidrio. Lloro porque los recuerdos le están invadiendo la cabeza sin permiso. Por ejemplo, los del colegio primario, cuando después de pensar un lugar ideal para guardar la llave del cofre con la recaudación de la Kermés, propuso que el mejor lugar era adentro mismo del cofre. Pasaron cuarenta años de aquel papelón, pero aún lo deprime. Grita y golpea la cabeza contra la mesa. No sabe qué hacer de su vida. Ya no espera tener una idea genial que lo convierta en inventor, cree que tiene que rendirse, y eso lo tiene mal esta mañana.

Silvano recuerda sus creaciones posteriores al colegio: el sacapuntas para lapiceras, tan inútil como el martillo de vidrio para ver donde clavar, y no, como sucedió, para hacerse añicos al primer golpe. Junto a lapiceras mutiladas y pedazos de martillo molido por todo el laboratorio, Silvano pasó los años de adolescencia con inventos igual de inútiles: el piyama con gusto a pizza, las boleadoras para bicicletas y el peligrosísimo hámster radioactivo. Nada funcionó, fallaron antes de llegar a los prototipos y muchas veces estuvo cerca de morir por fabricar alguno de ellos.

Ahora, frente a la ventana, siente que cambiará de rumbo y buscará un trabajo común y corriente para olvidarse de lo inútil que resultó como inventor. Basta de Edison, de Da Vinci. Es hora de trabajar en un banco contando billetes como un robot o barrer las calles de la ciudad antes del amanecer. Cualquier cosa le vendrá bien para olvidar su sueño.

La brisa de la tarde lleva las hojas secas a otros barrios y el sol baja por la ladera del cerro. Los techos forman sombras largas sobre



la calle, son dedos lúgubres, le arañan el alma. Ve pasar a algunos chicos que van a un cumpleaños, llevan bolsas de chizitos. Silvano recuerda cuando iba a esas fiestas. También llevaba Coca-Cola, o una bolsa de chizitos, o Cheetos, como le dicen ahora. O sea: maíz inflado. Porque los Cheetos no son más que eso, piensa con bronca, maíz inflado. Alguien lo inventó un día y se hizo rico. A alguien le vino a la mente esa bobada de invento y no fue a él. “¡Inflar maíz, qué estupidez! A cualquiera se le puede ocurrir”. Pero no se le ocurrió a él, y eso le duele. Se odia, la envidia le hincha la vena del cuello. Golpea la cabeza una vez más contra la mesa. Sentado sobre la garrafa de helio, mete en su boca la manguera y aspira un poco del gas. Sale la voz aguda: “Hola, soy Silvano, un niño soñando ser inventor. Soy estúpido y por eso creo que alguna vez voy a inventar algo y hacerme famoso”.

Entonces, como si la ventana se oscureciera y el laboratorio bajara la luz automáticamente dejando solo iluminado el garrafón, a Silvano le crece la idea genial. La idea se abre como un paraguas en el cerebro. ¡Flup! La idea tiene olor, color, y puede tocarla; da vueltas, la ve desde todos los puntos de vista, flota y parece hablar, la idea es chillido de helio: “¡Lo encontré, lo encontré!”.

Tira al piso lo que hay sobre la mesa como si la limpiara de migas y baja unos libros de química del estante alto de la biblioteca. Enciende la tablet y busca cosas en Google, dibuja cálculos, llama por teléfono y, después de varias horas, el invento está listo: los Cheetos voladores. Maíz inflado con helio para que vuele.

Piensa en llamarlos: “Los Cheetos levitantes”, “Snacks anti-gravedad” o “Chizitos espaciales”, ya verá. El funcionamiento es simple: dentro de la bolsa los Cheetos se agruparán en la parte

superior empujándola hacia arriba ayudados por el agregado de helio en la propia bolsa. Como levita, la venderán con un hilo, como un globo-bolsa. Acaba de decidir el nombre del producto: “Globos cósmicos” y no tiene dudas de que será un furor.

Después de trabajar con ingenieros y una marca de snacks que se interesó en su idea, los Globos cósmicos empezaron a venderse y, efectivamente, son un furor. Silvano ahora es rico, y famoso. Dos empresas lo contrataron para trabajar como creativo, da entrevistas en muchos medios de comunicación, clases en colegios secundarios y publicó libros sobre cómo llegar a ser un inventor.

Las personas usan los Globos cósmicos de muchas maneras: cuando se cansan de llevarlo como un globo común, lo bajan enrollando el hilo y abren la bolsa o la agujerean, aspiran helio y hablan chistoso para reírse. Comer los Cheetos es lo de menos, a veces las ganas de liberarlos al cielo es más fuerte. Es un snack fantástico. El helio no es tóxico, ni inflamable. Los nuevos Cheetos son un juguete como casi toda la comida que venden hoy en las tiendas. No es muy fácil abrir la bolsa y eso a la gente le encanta porque se rompe y los chizitos salen volando. Hay competencias y apuestas para ver quién caza más con la boca y a los saltos mientras vuelan, incluso en concursos de la tele. Una publicidad muestra a un chico abriendo una bolsa en el balcón de un departamento, los chizitos se elevan y la chica del piso de arriba, en su propio balcón, los va cazando como si fueran besos del chico.

Los Globos cósmicos se venden más que nunca pero nadie recuerda a Silvano. El inventor está viejo, vive con la mujer y el hijo en una casa de Chile retirada del ruido de las ciudades; ya no inventa. Lee y escucha música, arregla la casa, mira videos de

Youtube y a veces un poco de tele. No le hace caso a las noticias de personas muertas por asfixia, tampoco le da importancia a los primeros incendios de bolsas y del depósito grande para vender en otros países. Sabe que el helio es muy caro y muchas fábricas inflan al maíz con hidrógeno, y a las bolsas también. El hidrógeno es muy barato, pero inflamable. Los incendios crecen en cantidad. También leyó que en Europa prohibieron el producto, y en los territorios en guerra usan las bolsas como bombas incendiarias.

Una vez al año realizan en Coronel Pringles la famosa Suelta de Globos cósmicos. Por las noches del 28 de Enero, sus fanáticos se reúnen y sueltan centenares de bolsas al cielo. A la mayoría les encienden el hilo para que el fuego las haga visibles en lo alto de la noche. Vuelan como los globos de Navidad y Año Nuevo. Cuando las bolsas se quemán, los chizitos caen en llamas. Son bolitas verde-azuladas, lejanos paracaidistas brillantes en el horizonte, como mil luciérnagas. Caen en los campos cercanos incendiando maizales. Silvano sigue el evento por televisión. Allá van sus Globos cósmicos, altos y lejos, viajando como ideas, pequeñas malas ideas desapareciendo en lo oscuro de la noche, quemándolo todo en su caída.







**Feliz Navidad, hermano**



**Mi hermano empezó a convertirse** en planta un verano a la tarde. Salió de la pileta, caminó mojado hasta el sillón del living, agarró el joystick y apretó start al GTA. Desde entonces hasta terminar en arbusto, lo único que hizo fue mover los dedos y comer lo que le llevábamos.

Dormía a cualquier hora y a la semana ya no respondía ni las preguntas de mi mamá. En el juego robó su auto preferido y lo cuidaba como si estuviese en la vida real. Se ponía muy nervioso si lo baleaban y usaba muchos trucos para sacar armas de guerra y tirar a cualquier cosa. Eso lo sé porque al principio le presté atención; a los días ni me importó y a las semanas a él tampoco: no completaba las misiones, exploraba la ciudad, quemaba helicópteros, buscaba errores de programación.

Papá y mamá no pudieron hacer nada para sacarlo de ahí. La transformación fue muy rápida. El médico lo vio cuando le salieron los brotes de las orejas y las uñas agujerearon el parquet como raíces. —Pasó que su hijo —dijo el doctor mirando a mi mamá— estaba mojado; el viento con tierra del patio entró por la puerta abierta y formó un barro fértil en algunas partes de su cuerpo. En la tierra había semillas de los pinos, y germinaron. De haberse bañado, esto no pasaba.

La culpa la tuvo mi hermano, que no quiso dejar de jugar, ni bañarse. Estábamos en vacaciones y a papá y mamá les convenía dejarlo frente a la tele, de esta forma no molestaba. El problema fue volver al colegio. Las raíces le impidieron levantarse y la piel estaba cubierta de hojas. El doctor vino otra vez y explicó que el sistema circulatorio, digestivo y otros que no me acuerdo, estaban mutando al vegetal y era peligroso moverlo.

Le sacamos el joystick enredado en los brotes y mi papá apagó la Play; y también sacó la partes de cuero del sillón para que la planta, o mi hermano, se pudiera aferrar bien a la madera. Lo miramos. Era un pino mediano. De a ratos se bamboleaba y mi mamá corría feliz a abrazarlo.

Una mañana mi papá entró al living con palas y un hacha. El árbol estaba gordo y alto, y mi papá iba a sacarlo. Mi mamá gritaba como loca. Para ella era un descuartizamiento. Mi hermano crecía rápido y ocupaba casi todo el living. En horarios en que mi mamá se iba, mi papá lo podaba un poco.

—¿Y qué vas a hacer, Roberto? —lloraba mamá mirando el hacha—. ¿Hacharle los pies y los brazos y tirarlo a la calle como basura?

—No, Norma. Podemos trasplantarlo al patio.

—¡Pero le vas a hachar las rodillas, Roberto! ¡Mirá los raizones que tiene!

Mamá ganó la discusión. Sacamos las demás cosas del living, mi hermano siguió creciendo sin molestias, aunque mi papá no aceptó la idea de sacar el techo para dejar entrar luz. Mamá le hablaba todos los días, no como a las plantas, sino como a un hijo, fue difícil convencerla de no vestirlo ni darle comida de humano, sino regar las raíces. En invierno fue la pelea fuerte. Mi papá le gritó a mi mamá que una manta bastaba para abrigarlo.

—No hace falta dejar el calefactor prendido la noche entera por un pino, Norma. Además los pinos se aguantan el frío.

—¡Ese es el problema, Roberto! ¡Que para vos es solo un árbol!

—¿Y qué es, Norma, decime? ¿Tiene piernas? No. ¿Tiene brazos, cabeza, piensa? No.

—Qué sabés si no piensa...

—Norma, por favor...

—¡De ninguna manera voy a ponerle una manta a mi hijo —le gritó a mi papá—, además bien cara que la pagué a esta campe-  
ra, se la ponemos y listo.

También había comprado medias de lana que no sabía bien  
dónde poner.

—Es un pino, Norma —mi papá levantó la voz—. ¡Un pino! No  
les hace nada el frío. ¿Nunca viste un pino lleno de nieve?

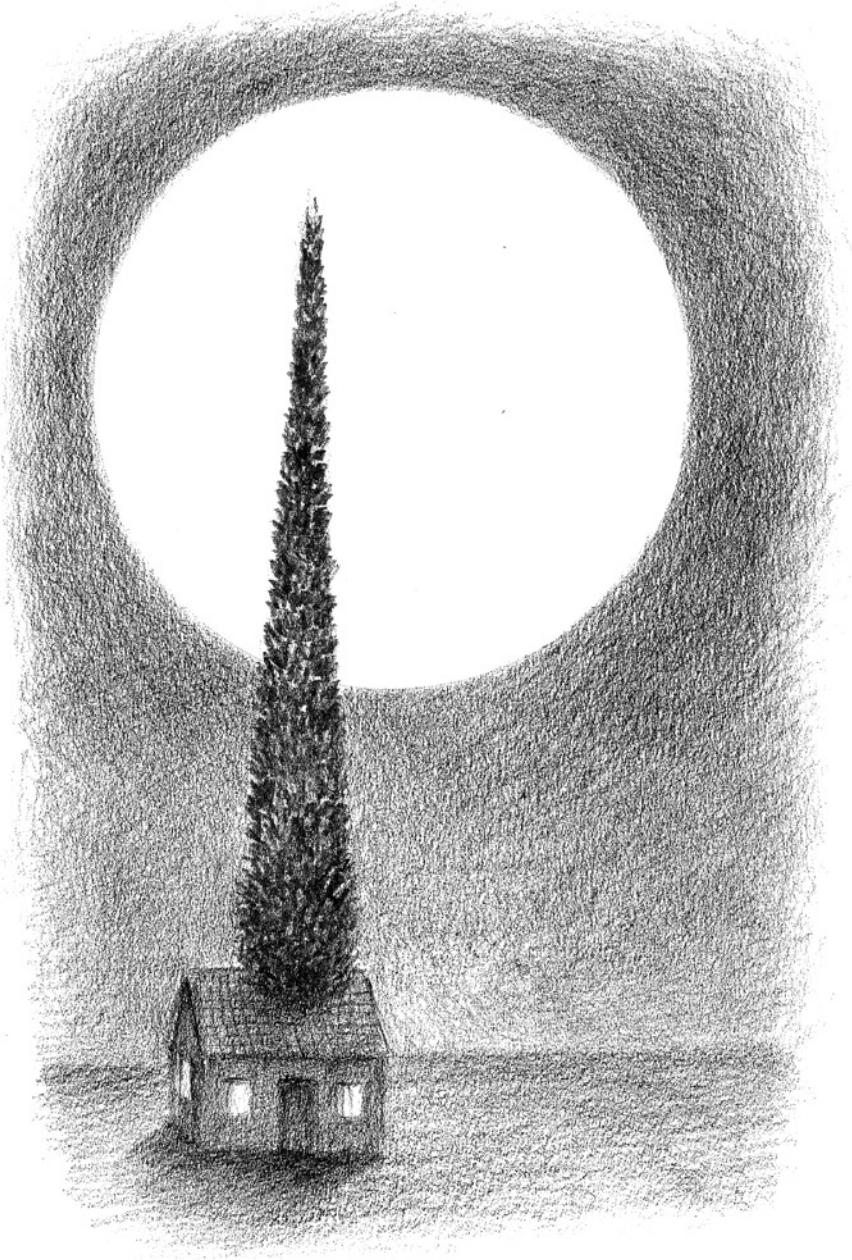
—Es las dos cosas —dije, y se dieron vuelta.

—¿Qué?

—Que es las dos cosas: humano y árbol.

Se miraron... y entendieron. Era lo mejor: tratarlo como huma-  
no, y árbol. Así que jamás lo movimos de ahí y sigue bien. Es un  
pino grande, finalmente sacamos el techo, lo sobrepasó. Cerca  
de donde había tenido los hombros, unas palomas hicieron el  
nido. A la noche varios murciélagos duermen más arriba. Una  
madrugada me levanté a la heladera a buscar agua y salieron  
volando. Eran albinos, de los que cazábamos con mi hermano  
en el campo.

En Navidad llenamos al pino de adornos y luces (mi mamá tiene  
terror de electrocutarlo) y ponemos los regalos abajo y lo abra-  
zamos, cantamos alrededor suyo y comemos. En el brindis le ti-  
ramos un chorrillo de sidra y le deseamos Felices Fiestas. No le  
ponemos estrella en la punta porque con solo mirar para arriba,  
se ve todo el cielo estrellado y lo feliz que es.





**Algún tipo de inflamación**





**Papá se levantó** con un huevo en la cabeza. Con los brazos caídos a los costados de la silla, frente al desayuno, nos mira sin creerlo. Mamá hurga entre los pocos pelos que le quedan sin poder creer lo que ve. No sé por qué dan tantas vueltas: Juliana y yo nos damos bien cuenta de que es un huevo, con cáscara y todo. —Está calentito —dice mamá—, parece como si tuviera una vena o algo que lo une al cráneo —y tira del huevo para arrancarlo. ¡Qué asco! A papá parece no dolerle. Ahora llama por teléfono a su trabajo, habla entrecortado y le cuesta meter una excusa para no ir.

—¿Por qué no decís que te salió un huevo en la cabeza? —dice Juliana—. ¡Como si fuera tan raro!

—¿No te parece raro, Juli? —la reta mamá y le hace señas de que cierre la mochila y vaya al colegio. Papá sigue con el celular, dice “bueno... bueno”, saluda y lo deja.

—Podría ser más raro, qué sé yo —insiste Juliana—, le podría haber salido un termo, o una corneta o cualquier otra cosa.

Los tres la miramos mudos. Se cuelga la mochila y cierra la puerta. Escuchamos el ruido de su bicicleta en la calle. Es evidente: los únicos inteligentes acá somos mamá, papá y yo.

—No voy hoy —digo—, tenemos que averiguar qué hace ese huevo ahí.

—¡Sí vas, Matías! —mamá habla sin mirarme—. ¡Basta de faltas! Seguro es algún tipo de inflamación, ahora llamo al médico.

—Mami: tiene cáscara, es un huevo, no es del cuerpo humano, aunque esté pegado.

—Coman de una vez, y vos no vas a salir así, Pablo.

Mi papá la mira triste. Es raro desayunar con él hoy. A diferencia

de cualquier otro día, tiene un huevo en la cabeza. En la cabeza pelada y brillante.

—¿Puedo tocarlo? —pregunto.

—No, comé —mamá responde por él, papá está mudo.

—¿Y qué sentís, papi?

Por fin parece que va a hablar.

—Nada, Matías —dice mamá—, comé y andá al colegio.

En el aula no presto atención. Pienso en el huevo. Juliana me busca en el primer recreo.

—Parece de gallina —dice.

—Nada que ver, es un poco más chico que el de una gallina, debe ser de perdiz, o algo así.

—¡Vos nada que ver! Los de perdiz son chiquititos y con pintitas.

—Será de algún pájaro que no conocemos.

—Es alguna maldición, o algún monstruo. Yo vi en una película de terror algo parecido.

—Ammm, a ver ¿cuál?

—No me acuerdo, una que pasaron en la tele, tarde. Una noche en que no me podía dormir. Cuando el huevo se abrió salió un monstruo extraterrestre que empezó a tragar al hombre...

—No seas ridícula —le digo.

No veo la hora de volver a casa y ver si el huevo creció, o se descascaró, o cambió de color, o algo.

En el almuerzo todo sigue igual. Está el doctor.

Dice que nunca vio algo así.

Le saca unas fotos a la pelada con huevo, toma la temperatura (de papá y del huevo); lo pone a trasluz (al huevo), mira adentro, cierra el maletín y se prepara para irse.

—No tengo idea —dice—, hay que estudiarlo. Si le duele me llaman, si no, mañana estoy por acá para ver cómo progresa el cuadro. —Es un huevo, no un cuadro —Juliana murmura el chiste sin éxito. Comemos, por fin. Después del almuerzo miro a papá andar como zombi. Sale del escritorio donde intentó trabajar, va hasta la heladera, el baño. Ahora se ducha y ya desenrolló la manguera en el patio para regar a la tarde. Antes de entrar al baño llamó al Michi y no lo encontró. Ahora se tira en el sillón del living que da al ventanal del patio. Quiere estar tranquilo como si fuera un día normal.

—Es por el miedo y los nervios —dice mamá—. Por eso camina así. Con Juliana pensamos que el huevo le chupa las fuerzas. Mamá nos manda a dormir la siesta y ella también se prepara para ir. Papá se va a quedar en el sillón a leer.

Pero yo no me acuesto, prendo la compu y busco lo del huevo en Google. Juliana puso música en su pieza, mamá le grita que baje el volumen. Es raro, eso siempre lo grita papá, y más cuando lee en el living. Escribo en Google: “Huevo en la cabeza”. No hay nada. Sale: “Beneficios del huevo para el cabello”, “Mascarillas de huevos” y “Elimina el dolor de cabeza con un huevo”. En las fotos tampoco sale ningún señor con un huevo en la cabeza; sí muchos con cabeza en forma de huevo, pero no es lo mismo. Busco pájaros. Uno sin color se llama Cuco. No es el Cuco que nos asustaba de más chicos. Es un pájaro que no vive en Argentina y pone los huevos en los nidos de otros pájaros, los engaña. Los pone de igual color, manchas o rayas de la especie dueña del nido. Cuando el cuidador no está, van y ponen los huevos. Son unos vagos bárbaros, así se ahorran empollarlos.

Juliana debe estar dormida, y mamá también. Miro el reloj, ya pasaron dos horas. Papá debe estar dormido, no lo escucho moverse. Voy a espiarlo, hay mucho silencio en la casa, no escucho ni los pelotazos del vecino contra la pared del fondo.

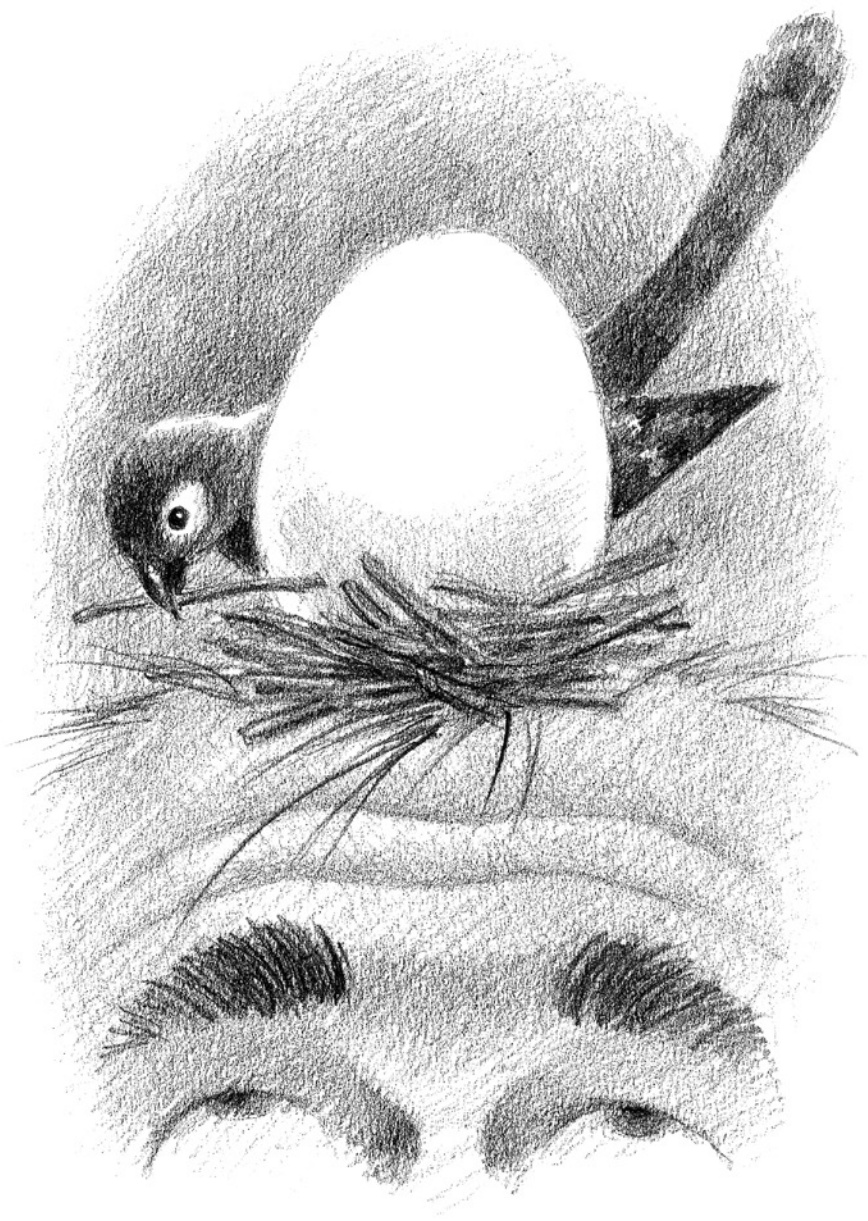
Camino despacio hasta el living y papá duerme tirado en el sillón con la cabeza sobre el apoyabrazos. Hay algo alrededor del huevo. ¡No lo puedo creer! Me acerco. ¡Es un nido! Miro bien. Es un nido común, los palitos y hojas son de la enredadera del patio. No sé qué hacer, afuera veo a un pájaro en el árbol al lado del asador. Debe ser ese. Lo grabo con el celular. El pájaro entra por la ventana y deja más ramas en la cabeza de mi papá que no se despierta, debe estar hipnotizado o algo así.

Son las cuatro de la tarde. Mi mamá cerró la ventana para que no entre el pájaro. Sentados en el living alrededor de mi celular miramos el video. Mi papá mira y lo miro mirar. Tiene ojeras raras, sigue zombi. El video tiene audio aunque no se escucha nada, solo el ruido grueso de los videos en los que nadie habla. El pájaro es azul con fucsia en el cuello y cola larga que le cuelga si vuela. Ni parecido a un Cuco. Va y viene del patio a la cabeza de papá, arma el nido como cualquier otro pájaro. Termina el video, nos miramos. —Alguien debe tener una explicación para esto —dice mamá—; pásame el video, Mati, voy al Museo de Ciencias Naturales para ver si alguien sabe algo.

—¡No, Gime —por fin papá habla—, cómo vas a andar por ahí con un video de un tipo al que le hacen un nido en la cabeza!

—¿Y qué querés que haga, Pablo?

—Nada, no hagamos nada. Esperemos a ver qué pasa, si total no me duele.



—Hay que hacer algo —mamá se impacienta más que papá—, esto no es normal ¿te das cuenta?

—Sí, amor, pero esperemos. Mañana vuelve el doctor, a lo mejor averiguó algo.

Nadie más habla. Prendemos el tele y mamá prepara la merienda. Papá casi no comió desde la mañana. Mamá trae la bandeja con té y leche, mermelada, panes y queso. Comemos en silencio hasta que papá dice:

—Gime, abrí la ventana. Veamos qué hace. Ustedes sientense más allá y no hablemos, veamos tele.

Mamá abre la ventana y nos cambiamos de lugar, de frente a papá, como en un espectáculo. Enseguida mamá murmura: “Ahí viene, ahí viene”. El pájaro entra, pisotea el nido un rato y vuelve a salir. Trae más palos y hojas. A papá le sale una sonrisa.

—No te podés reír, Pablo, sos un boludo.

—Shhh —dice papá. Y el pájaro termina de picotear los bordes del nido y se sienta a empollar. Papá abre los ojos y la boca como si un hielo le hubiera caído adentro de la camisa por la espalda. Mamá se pone nerviosa. Quiere ir al lavadero a buscar una escoba y espantar al pájaro.

—No —le dice papá—, no hagas nada, vamos a ver qué hace. Juliana le saca fotos, sin flash, un montón. Mamá va al lavadero, no aguanta más. Papá me hace una seña de que la siga. Entro al lavadero y la veo apoyada en el lavarropas, llorando. Se pasa las manos por los ojos para sacar las lágrimas.

—Andá a saber lo que le hace ese bicho a tu padre. Hay que llamar a alguien —la sigo hasta su pieza, abre el cajón de la mesa de luz.

—¡Querés dejar de seguirme, Matías! Andá a ver a tu papá, o al pájaro ese...

Saca una caja y toma una de esas pastillas para los nervios. Me agarra de la mano y volvemos al living. Papá está serio, el pájaro sigue empollando. Mamá agarra el celular y llama a alguien. Papá la mira, pero ella se va para hablar sola.

Mamá habla hace veinte minutos, no llora, atiende a lo que le dicen. Ya es la tardecita y por el ventanal el cielo es naranja. Luego deja el celular y vuelve, le habla a papá.

—Llamé a la Facultad, hablé con Carina, ¿te acordás? mi excuñada, la zoóloga —papá no la escucha—. Dice que es increíble y que mañana viene. Me sonó raro que me creyera al toque, pero bueno. Dice que no se le ocurre nada, que lo único que puede ser, aunque suena loco, es que tu cabeza segregue algún químico con olor similar a la resina donde esos pájaros hacen sus nidos y que se haya confundido. Me pidió una foto.

Entonces el pájaro levanta vuelo, deja el nido, se va del patio, vuela alto. Papá abre los ojos. Mamá corre a su cabeza. Toca el huevo, lo empuja.

—¡Se despegó, Pablo! —grita.

—Agarralo, ma —Juliana se acerca a ver.

—No me animo.

Papá levanta la mano, hurguea el nido y agarra el huevo. Lo mira, lo pone a trasluz y no ve nada. Mi mamá mira en el nido vacío.

—No está la vena, ni un agujero, ni tenés lastimado —le dice a papá—. No hay cicatriz, nada.

Mamá levanta el nido y lo saca al patio. Papá lleva el huevo, le ayuda a mamá a subir el nido en el árbol, después ponen el hue-



vo adentro y acomodan mejor las ramitas caídas por el camino. Vuelven, discuten si hicieron bien o mal.

Las nueve y media de la noche. Papá está bien, mamá mucho mejor. Comemos unas pizzas sentados mirando al patio, al nido. No pasa nada. A mamá le llega un Whatsapp. Es de Carina, ese pájaro no figura en ningún lado, mañana averigua más, pero seguro de esta región de América no es ni a palos.

Vemos al Michi trepar al árbol.

—¡Se va a comer el huevo! —grita Juliana— ¡Mamá, traé la escoba! Mamá corre al lavadero y sale con la escoba como ese dibujo que vi de un caballero con la lanza para matar al dragón.

—Fuzzz, Fuzzz —le grita al gato. La escoba no es un buen arma. El Michi, agazapado como los tigres antes de atacar, le tira zarpazos al nido.

—Fuzzz, Fuzzz ¡Michi!

Entre los escobazos y el ataque del Michi vemos caer al huevo. Lo veo en cámara lenta aunque cae a velocidad normal. Pega en las baldosas. ¡Flnsh! Se rompe. Se desparrama como cualquier otro huevo. Nos levantamos y salimos a ver. Papá y mamá se miran sin saber qué hacer. Juliana dice: “Comamosló” y no le respondemos porque ya no sabemos cuándo habla en serio y cuándo no. —No lo toquen —dice mamá—, vamos adentro a ver si vuelve el pájaro. Mañana lo limpio.

Comemos postre. Ensalada de fruta. Papá y mamá no se lavaron las manos. Están locos, esto del huevo los tiene locos. Terminamos y ya hay que ir a dormir. El pájaro no vuelve. Mamá no sabe si ir a limpiar ahora o mañana. Papá no quiere saber más nada. —Juntalo ahora y tiralo a la basura —le dice—. Al nido también.

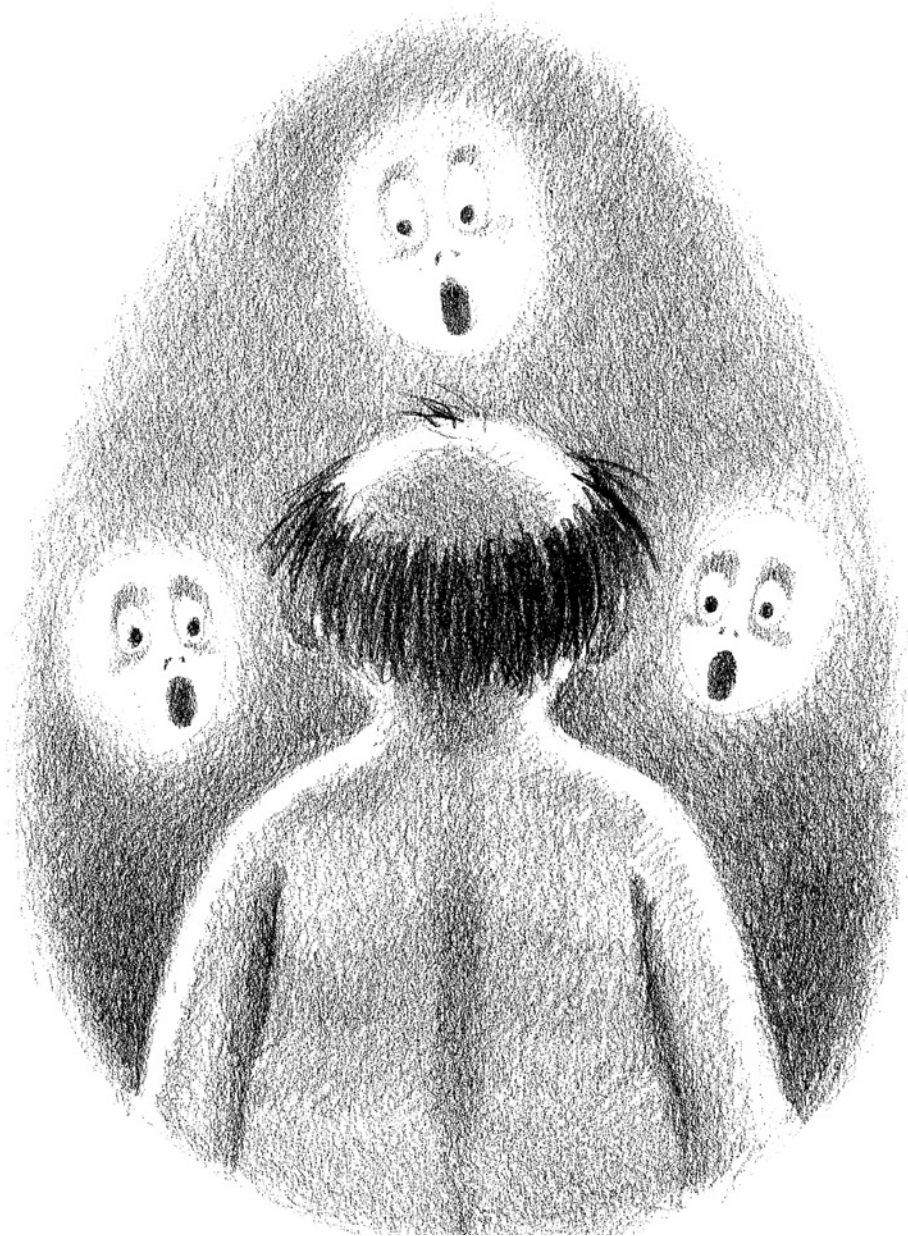
Mamá agarra la escoba, el basurero y la bolsa. Nos vamos a dormir. Juliana se acuesta y yo busco algo para leer. Escucho a mamá entrar a la pieza y decirle a papá: “Ya está”.

No tengo sueño, no me voy a dormir muy rápido, voy a pensar en el huevo, y seguro voy a soñar pesadillas. Seguro sueño que el pájaro vuelve y aterriza en la ventana a mirarnos con ojos diabólicos. Seguro despierto transpirado.

No soñé nada. Dormí mucho, escucho que hablan en la cocina. Voy a desayunar y papá no está. Mamá dice que está en el baño. Juliana hace media hora que está parada en la puerta de la heladera abierta sin saber qué buscar. La retamos. Entonces escuchamos un alarido horrible desde el baño y papá llega pálido. Lo miramos, en silencio. No se puso la camisa todavía, tiene unas cosas rosas en el pecho, raras.

—¡Son tetas de vaca! —mamá se tapa la boca al decirlo.

—Se dice ubres, ma —murmura Juliana con los ojos grandes—, ubres de vaca.





**La frazada asesina**



**Detrás de la puerta** de la habitación, la frazada esperó agazapada como un arquero a punto de atajar un penal. Cuando lo vio entrar, atacó. A los nueve años Fede no peleaba bien. La frazada lo envolvió y lo revolcó por el piso. Como la asfixia es el método de las frazadas para matar, Fede intentó mantener la nariz afuera de la colcha. Logró zafarse y la frazada quedó abollada en un rincón, como si nunca hubiese cobrado vida. Él no pudo ni gritar del miedo. Su mamá no le creyó cuando corrió a contarle.

—Fue tu imaginación —le dijo su papá—. A veces el cerebro nos confunde porque no piensa bien cuando le faltan vitaminas.

A la semana, en el baño de un parque de diversiones, la frazada sorprendió a Fede por atrás, lo envolvió sin importar que estuviera haciendo pis, y lo tumbó al piso frío. Intentó asfixiarlo de nuevo. Él apenas respiraba. No pudo desenrollarla de su cuello. Caminó hasta el inodoro con la colcha colgada, la enterró con una sopapa y tiró la cadena. Jamás supo cómo la frazada llegó hasta el parque. No le contó a sus padres esta vez, sintió que se volvía loco y se imaginó encerrado en un manicomio.

No pasó un año cuando la vio venir por la esquina. Él llevaba las bolsas de las compras y se paralizó. La frazada pasó a su lado y lo miró como si nada. Fede agarró un fierro de una obra en construcción, por las dudas volviera. La frazada tenía algunas manchas, quizá de cuando anduvo por las alcantarillas, pero no lo atacó, se notaba que andaba preocupada con otras cosas.

Ese verano, en un ascenso lento de la montaña rusa, Fede llegó a lo más alto y la vio detrás de unos árboles cercanos. La frazada lo amenazó con un gesto. Se veía muy pequeña desde tan alto pero



sintió miedo igual. Cuando terminó la vuelta y se bajó, no dijo nada, temblaba. Esa tarde no se quedó solo ni un rato.

Cuando volvió de las vacaciones, la frazada lo atacó a la salida del primer día de clases, en la esquina. En el piso parecían un gusano electrocutado. En el revoltijo, Fede abrió la cartuchera y con la tijera le hizo varios tajos. La manta se levantó y corrió como pudo, o eso le pareció ver antes de desmayarse. Al hospital, los padres llegaron por la noche, para el alta. Fede contó toda la historia, pero siguieron sin creerle. Le dijeron que tenía que ir a otro médico urgente porque esos revolcones que se daba podrían ser epilepsia o algo parecido. Con el tratamiento médico no volvió a ver a aquella colcha nunca más. O eso pensó.

Ayer Fede cumplió dieciséis años. En un instante de la fiesta me llamó desde el fondo del patio.

—Vos que sos el único que siempre me creyó —dijo—. Ayer acompañé a mi tío a ver un auto que quería comprar y vi a la frazada en el subte. Estaba muy maltratada, toda remendada, como enferma. Me acerqué y me vio de reojo pero no se dio vuelta. Daba lástima. Además de los cortes, el viento de los trenes la hacía tambalear y si se caía, alguno le iba a pasar por encima, la iba a destrozar. ¡Qué fácil hubiese sido empujarla!

—¿Y qué hiciste?

—Mirá allá, en la cucha del Tobi. ¿Ves ese trapo?

—¿Es ella?

—Parece inofensiva ¿no? Está muy vieja.

—¿Ese trapo que ahora muerde y revuelca?

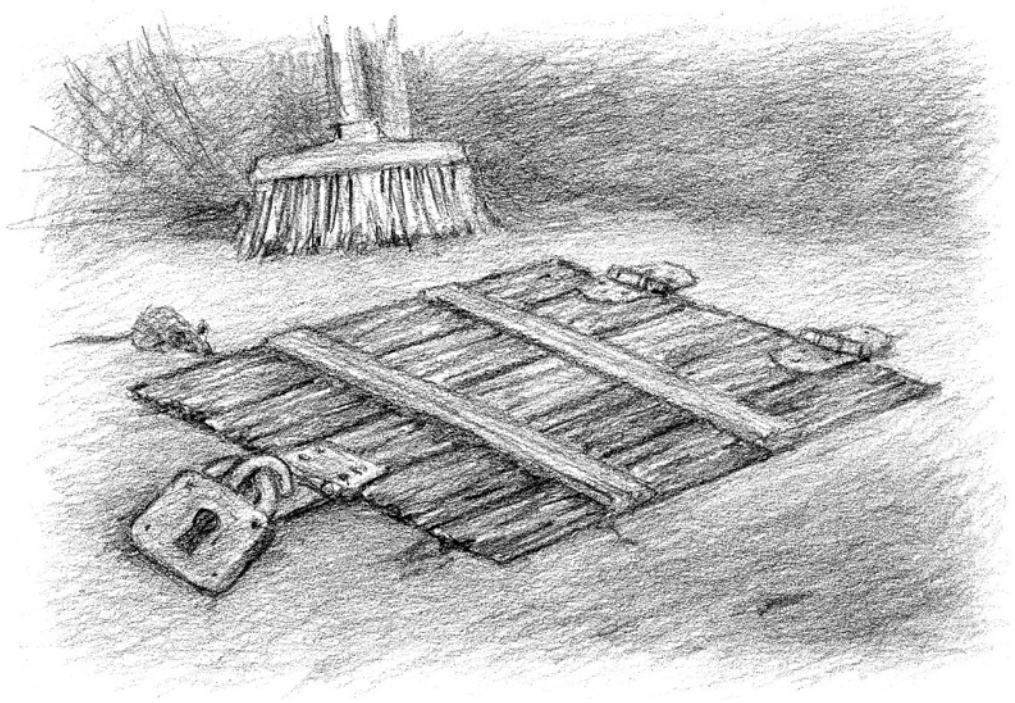
—Sí. Lo ama, le encanta ese trapo.







Lo que te quiero decir



**¡Pauli, sos más mala!** Te escribo porque ya estoy harta. Desde que te asustaste la última vez, ya casi no dejan abierta la puerta del sótano. ¡Y no puedo subir a comer ni a tomar agua, ni a nada, nena! ¡Ni hablar de lavarme la cara o bañarme! Y si antes yo te parecía un espanto, pálida y flaca, imagínate ahora. Debo estar desnutrida y hace mil años que acá no entra el sol, así que un esqueleto debo estar, más que la última vez que me viste. Lo que sí sé es que estoy anémica. Hoy me miré los párpados por adentro en el espejo y los tengo secos, el médico un día me lo enseñó para cuando quisiera saber si me falta comer más lentejas. No quise mirar mucho en el espejo porque tenía la cara un poco demacrada y sucia, por eso también me da vergüenza que me vean. ¡Pero abríme la puerta, mala! Ya sé que no hay que aparecerse de noche así como un espectro, pero es que desde que tenía que esperar a que se olvidaran la puerta del sótano abierta para subir a bañarme y ponerme linda pasaban muchos días y estaba feísima, no quería que me vean así, por eso andaba en puntas de pie por los pasillos a la noche, además para no despertar a la mami y el papi.

¡No hacía falta que gritaras como loca cuando me viste y armaras ese escándalo! ¡Y ni me escuchaste, mala! Como las otras veces que te fui a despertar para jugar, no entiendo por qué de un día para otro me dejaste de hablar y no me dejás dormir en mi cama, y el papi y la mami hacen como que no me ven, pasan a mi lado como si no existiera y yo los acaricio y les hablo y me largo a llorar porque me pongo muy triste que todo esto esté pasando. ¡Ahora estoy llorando! Y ustedes están asustados caminando por toda la casa como si nos les importara que yo esté llorando.

Los quiero mucho y no sé por qué me hacen esto, y desde que les dijiste que me viste salir del sótano cerraron la puerta para siempre. ¿Es para siempre? ¡En serio, tengo mucho hambre y a veces siento como gusanos en la piel que me comen! Deben ser algunos bichitos porque hace mucho que no me baño. Pero estoy linda con el vestidito blanco y la cruz que me regalaron para la comunión. Todas las noches le hablo a Dios para que me escuches, y él me dio la idea de escribirte, porque así no vas a salir corriendo. ¡Además, nena, vos te asustás por cualquier estupidez! Pero te quiero, hermana, y te necesito. ¡No entiendo lo que les pasa! La mami y el papi también se espantan por cualquier cosa. La última vez le jugué una carrerita a la mami hasta el baño y abrí la canilla para ganarle a lavarme las manos y se quedó como petrificada mirando la canilla como si se hubiese abierto sola, y después gritó. Llegó el papi corriendo y entró al baño como si yo no estuviese ahí y la mami gritaba:

—¡Otra vez! ¡Está pasando otra vez! Tengo miedo, ¿qué vamos a hacer, Carlos?

Está loca, pobre. Yo no entendí nada, están todos muy miedosos y no me dicen por qué. La noche que me dolía mucho la panza fui a la pieza de ellos, y se hacían los que no me veían pero bien que miraron a la puerta cuando la abrí, porque estaban despiertos todavía y yo les dije que no era chiste, que me dolía mucho la panza, pero se abrazaron y se agarraron de la colcha, y yo quería un té de boldo, pero ni me contestaron. Agarré la colcha y se las saqué de la cama. ¡Tenía una rabia! Y más cuando salieron corriendo.

Quiero que estés al lado mío, Pauli, y me peines como antes, porque ahora me peino sola acá en el sótano, medio a oscuras.

Ah, y otra cosa: esa señora que trajeron a la casa, la señora rara de pelo lila que enciende velas y reza y todas esas cosas y por ahí dice mi nombre... te aclaro que les está diciendo un montón de mentiras de mí. Yo no quiero que se vayan de la casa, yo quiero seguir viviendo con ustedes pero que me digan qué hice mal, por qué ya no me quieren y me ignoran, o se asustan. Por ahí se asustan porque ven fantasmas o algo así, a lo mejor me sigue algún fantasma que yo no veo y ustedes sí y por eso salen corriendo y llamaron a esa mujer.

Pero no deberían tenerles miedo. Los fantasmas no son malos como en las películas. Son gente muerta que quiere un poco de afecto, y amor, o que la ayudes con algo, como ahora yo, Pauli, que necesito ir al baño, comer, bañarme y acostarme en tu cama calentita como esas noches de invierno en que dormíamos juntas y siempre me decías que me iba a curar; que tenía que tener fe. ¿Te acordás?

Bueno, te dejo, me duele mucho la panza de nuevo. Te doblo la carta y la tiro por debajo de la puerta. Abrime, mala, así puedo subir a verlos.

Agos



**Pablo Giordano**



**Marcelo Mosqueira**





Una tarde de 1989, en un pueblito de Córdoba llamado Las Varillas, el aburrimiento me agarró por la garganta y no me soltó durante horas. Como no podía moverme y había quedado con el lápiz en la mano y el cuaderno de clases en la mesa, escribí un cuento casi sin poder respirar. Y después otro, y otro, mientras recuperaba el aliento. El aburrimiento se me pasó de inmediato. Podía viajar a donde quisiera, matar la cantidad de dragones que se me cantara, y ser novio de la más linda de la escuela con solo imaginarlo y escribirlo en un papel, sin salir de mi casa.

Desde ese día no paré. Ya publiqué libros de poesía, de cuentos y una novela. Además escribí para los diarios y las revistas de algunos países. Sigo viviendo en el mismo pueblito, ando con el oído atento para robar historias que narra la gente. Después las mezclo con inventos míos y salen los cuentos. Como estos, que son un poco fantasiosos. Aunque, si los lees mejor, cuentan cosas que le pueden pasar a cualquiera. Solo hay que aprender a ver de otra forma: cambiar árboles por aburrimiento, frazadas por miedos, fantasmas por recuerdos y todo así por el estilo. Si descubren algunos misterios más en ellos, quiero que me cuenten, sospecho que no los encontré a todos.

Nací el 8 de Diciembre de 1966 en Chivilcoy, Buenos Aires. Cursé breves estudios en la escuela La Cárcova y la Escuela de Artes Visuales de Chivilcoy. Expuse trabajos en C.C. San Martín, C.C. Borges de CABA, y participé en algunas publicaciones como *Cerdos&Peces*, *Fierro*, *Asustaviejas*, etc. Ilustré libros y arte de tapa de varios CD. La ilustración de este libro fue un verdadero placer, por la libertad que me dieron y por la temática muy cercana al tipo de imágenes que disfruto dibujar. Las realicé en lápiz sobre papel Fabriano.



## Ediciones de la Terraza

Cuando un libro se abre nace un camino. Las historias viajan más lejos si vuelan libres, por eso publicamos todos nuestros libros bajo licencias Creative Commons, para que se puedan compartir libremente. Nos sumamos así a muchos otros proyectos que entienden que la construcción del conocimiento y la cultura es colectiva.

Creemos en el trabajo conjunto entre autores y editores, acompañados por una comunidad activa y comprometida. Proponemos otras formas de producción cultural, solidarias y comunitarias para construir mundos más justos.

# Índice

Globos cósmicos .....	10
Feliz Navidad, hermano .....	18
Algún tipo de inflamación .....	24
La frazada asesina .....	36
Lo que te quiero decir .....	42
Los autores .....	48

Giordano, Pablo

Enserio / Pablo Giordano ; ilustrado por Marcelo Mosqueira. - 1a ed  
ilustrada. - Córdoba : Ediciones De La Terraza, 2019.

56 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4991-03-4

1. Cuentos Fantásticos. 2. Cuentos Humorísticos. 3. Cuentos de Terror. I.  
Mosqueira, Marcelo, illus. II. Título.

CDD A863



DE LOS TEXTOS, Pablo Giordano

Atribución-NoComercial-CompartirIgual

[pabgiordano@gmail.com](mailto:pabgiordano@gmail.com)



DE LAS ILUSTRACIONES, Marcelo Mosqueira

Atribución-NoComercial-SinDerivadas

[facebook.com/marcelo.mosqueira.9](https://facebook.com/marcelo.mosqueira.9)

Primera edición 2019

La versión digital de estas páginas está disponible de manera gratuita para todos los que nos la soliciten porque quienes hicimos este libro creemos en una cultura cada vez más libre. Recibimos sus comentarios en nuestro mail: [edicionesdelaterraza@gmail.com](mailto:edicionesdelaterraza@gmail.com)

Impreso en Argentina - Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Se imprimieron 1000 copias de "Enserio" en Premat Industria Gráfica SRL (Entre Ríos 2650, Córdoba, Argentina, [premat@prematgrafica.com.ar](mailto:premat@prematgrafica.com.ar)) durante noviembre de 2019.

ediciones de la  
**terrazza**   
[edicioneslaterraza.com.ar](http://edicioneslaterraza.com.ar)

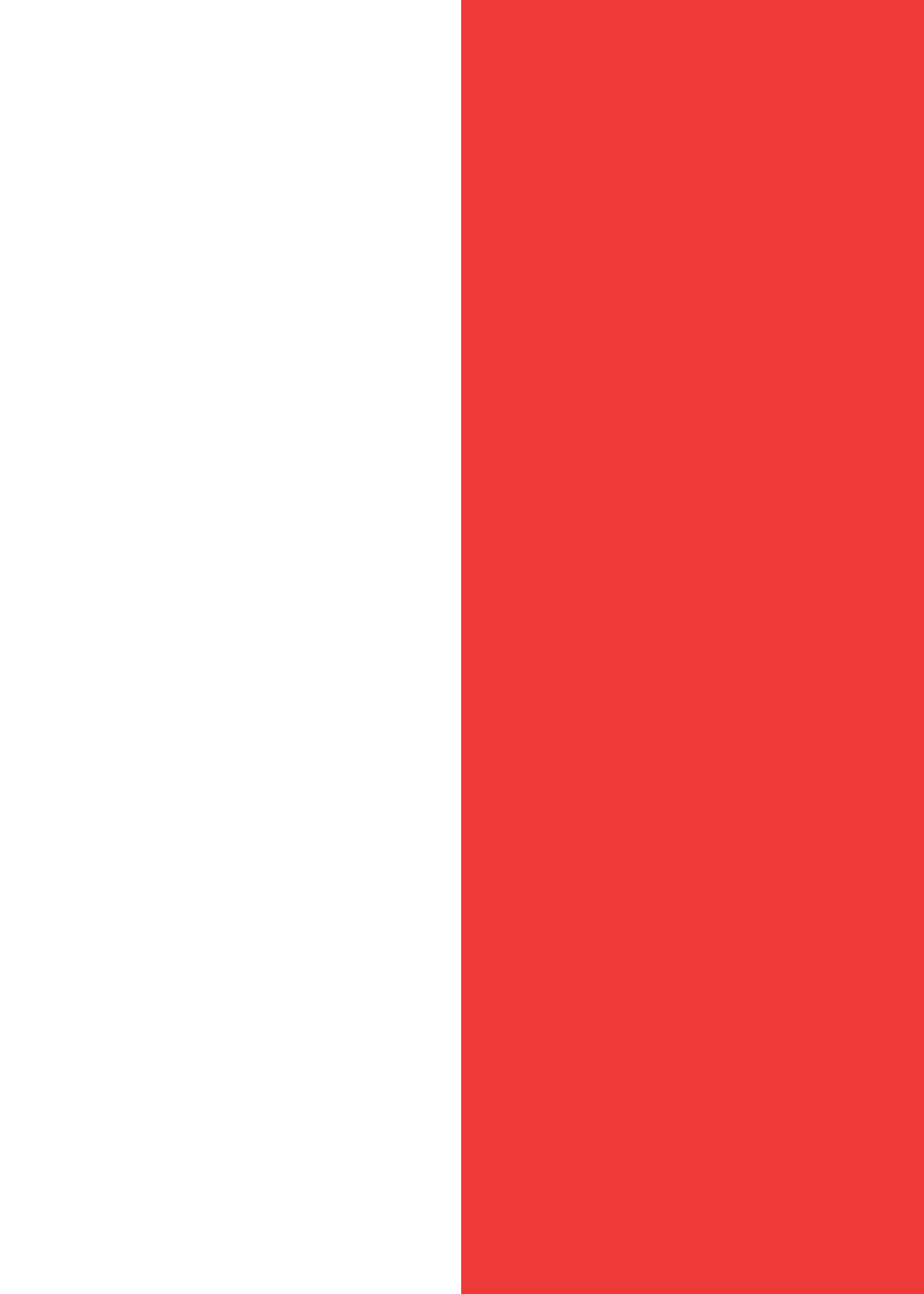


MUNICIPALIDAD  
DE CORDOBA

Obra publicada con el auspicio de la  
Municipalidad de Córdoba Fondo  
Estímulo a la Actividad Editorial  
cordobesa. Ordenanza 8808.







¿Es posible que una frazada te persiga para matarte?  
¿Alguna vez te salió un huevo en la cabeza?  
Si jugás mucho a los videojuegos ¿te pueden crecer raíces?  
¿Qué tan escalofriante puede ser una carta?  
¿Es buena idea inventar chizitos voladores?

A veces hay una delgada línea entre lo real y lo imaginario, solo tenés que animarte a cruzarla.



Ediciones de la Terraza  
edicioneslaterraza.com.ar



9 789874 991034

en  
se  
rio